

rico, es el Barba-azul de la frontera, y por sus riquezas é importancia en aquella época, al mismo tiempo que por ser semejantes tradiciones bien conocidas en los pueblos del Norte, merecía una novela escrita por esa pluma que supo dar á la cándida relación de D^a Crucita un sabor de tragedia terrible.

Guillermo, que así sabe manejar lo fantástico en una carta, podrá también, cuando quiera, como poeta, crear leyendas que rivalicen con las famosas de Goëthe y de Schiller, que han adquirido una reputación universal.

Hay que hacer mención también de las *Revistas de la Semana*, que ha comenzado á escribir Fidel en el *Semanario*, y en las que su traviesa imaginación ostenta toda esa gracia que ya conoce tanto y tanto estima el público de Méjico, Esta revista es también bibliográfica y musical, con lo que ha venido á llenar un vacío.

Ramírez, que jamás abandona sus trabajos serios, ha publicado varios artículos los cuales tratan de la manera de difundir la instrucción en todas clases de la sociedad.

.....

En los últimos números del *Semanario* ha emprendido un estudio crítico de la mayor im-

portancia para nuestra historia nacional. En casi todos los historiadores del tiempo de la conquista se ve estampada la opinión de que un apóstol de Cristo, que convienen en que fué Santo Tomás, vino á la América y predicó el Evangelio, y aun afirman que fué deificado por estas naciones con el nombre de *Quetzalcoatl*. Semejante tradición ha durado desde entonces, sin que nadie se haya puesto á examinarla formalmente y á combatirla.

Pues bien: un eclesiástico de Méjico, muy erudito por lo visto, entrego á Ramírez un cuaderno voluminoso con un estudio extenso sobre la tradición referida, y Ramírez quiso publicarlo para entrar en el examen de aquella después. Ya van tres artículos que publica sobre tal asunto.

.....

El *Semanario Ilustrado* también contiene algunos artículos descriptivos y morales de Alfredo Chavero, con el nombre de *Paisajes*, y se propone continuar la serie, haciendo conocer varios lugares de la República. Alfredo es muy á propósito para ese género de literatura, por lo elevado de su talento, por su excelente memoria y por su penetrante observación á lo que

se añade como una prenda rara, un juicio sólido, que es bastante extraño en un joven como él. Esta es la cualidad dominante en el carácter literario de Chavero, quien por ella está llamado á tratar asuntos más encumbrados en Filosofía, en Literatura y en Historia. Sabemos que se consagra hoy con empeño á coleccionar documentos y obras pertenecientes á las Antigüedades mejicanas, contando ya con bastantes ejemplares curiosos. De modo que no tardaremos en ver algún estudio lleno de novedad y de interés sobre nuestras tradiciones. Chavero sigue la senda de Ramírez en sus indagaciones críticas, y desdeñando un poco los trabajos de mero entretenimiento, se ha ejercitado ventajosamente en altas cuestiones de Legislación, dándose á conocer desde hace tiempo como orador en la cámara de diputados, como publicista en la prensa y como jurisconsulto en el foro.

Así es que los *Paisajes* no son más que el producto de sus ocios; pero son bellísimos y notables por su exactitud en la pintura de la localidad y de las costumbres, por su dicción elegante y correcta, por su gracia natural y de buen gusto y por sus ingeniosas observaciones. Algunas veces el poeta se descubre; porque Alfredo cultiva también la poesía con bastante brillo, y desde sus lindísimas *trovas* que publicaba en 1862,

hasta sus composiciones filosóficas que ha leído en las *Veladas literarias* con general aplauso, hay que seguirle en todos los géneros, porque le son conocidos, aunque se ha distinguido especialmente en la poesía patriótica, en la cual tiene arranques dignos de Prieto, como lo ha probado en las preciosas muestras que nos dió en aquellos días de entusiasmo, cuando el ejército francés marchaba sobre la capital, y cuando la lira de nuestros cantores excitaba al pueblo á los campos de la gloria.

El primer artículo de los *Paisajes* se intitula *Manzanillo*, y el segundo *Colima*. El escritor, que conoce bien esas localidades porque las visitó en 1863, cuando la salida del gobierno de San Luis Potosí nos hizo tomar á todos diferentes rumbos, describe aquel puerto y aquella ciudad con sorprendente exactitud y les da el colorido poético de su imaginación. Bajo su pluma ve uno aparecer el paisaje con toda la pompa de aquella hermosa tierra y con toda la belleza de su cielo. Colima sonríe ante nuestros ojos, recostada muellemente en la falda de sus volcanes y sombreada por sus bosques inmensos de palmeras y de arrayanes, de parotas y de mameyes que apenas dejan ver el caserío blanco y alegre, y los plateados reflejos del río bullido y bordado de cármenes encantadores.

Los artículos descriptivos como los de Chavero son escasos en Méjico, y á fe que hacen suma falta, porque ellos contribuyen más que nada á que se forme en el extranjero una idea justa de nuestros hombres y de nuestras cosas. En los *Paisajes* no sólo se ve lo pintoresco, sino que también hay un estudio de historia y de costumbres, con estilo tan sabroso y tan fluído, que no puede menos que leerse con avidez. Pero, repetimos, en esta parte ha habido todavía mayor negligencia que en otras. Nuestras novelas como el *Periquillo* y el *Monedero*, contienen descripciones, pero todavía son pequeñas. D. Luis de la Rosa, que tenía una facilidad admirable para la descripción, se limitó á pintar cuadros de la naturaleza que son más bien poesías. Fidel, en sus *Viajes de orden supremo*, tiene también estudios preciosos, que nos hacen desear la conclusión de esa obra. Algunas hay en antiguos calendarios que se han olvidado; pero ¿qué es todo esto en compensación de nuestro país? Apenas una centésima parte. Hasta ahora parece que va á cultivarse un género de literatura descuidado en Méjico y tan deseado generalmente. La correspondencia del Nigromante y de Fidel abraza también la descripción, como uno de sus objetos. *Calvario* y *Tabor* trae cuadros de la costa del Sur y de Michoacán excelentes,

y Chavero escribe expresamente con ese fin exclusivo sus *Paisajes*, obra en que le hemos prometido alternar con él, pues preparamos también algunos artículos descriptivos del Sur, de Michoacán y de Guadalajara. Excitamos entre tanto á los jóvenes escritores á que nos ayuden, pues de este modo en breve podremos formar una obra pintoresca sobre Méjico, que con los hermosos artículos que se publicaron, lujosamente ilustrados, hace tiempo, con el título de *Los alrededores de Méjico*, y con lo demás que dejamos referido, pueda reputarse una colección completa.

Réstanos hablar del distinguido crítico de teatros que escribe en el *Semanario*, y que tan bien maneja la lengua de Cervantes y de Luis de Granada, que no parece sino que sus bellísimas crónicas son hijas de algún discreto autor de aquellos tiempos, en que el idioma español era el preferido por el amor, por el heroísmo y por las musas. Valiéndonos de una graciosa figura que ha usado el mismo Manuel Peredo, seanos lícito decir que su estilo es tan sabroso como el vino viejo, y que nos detenemos en cada período, en cada línea, en cada frase para deleitarnos

con el deajo regalado que nos queda al leer cada concepto suryo. Encanta este modo de hablar.

Manuel Peredo es clásico en sus estudios, sus composiciones poéticas, que tanto han llamado la atención y que han sido tan celebradas por su exquisita gracia, tienen toda la forma correcta y elegante de aquellas silvas de Fr. Luis de León, de Rioja ó de los Argensolas, toda la sal ática de las composiciones sueltas de Bretón de los Herreros, á quien se parece tanto en lo juguetón y picaresco de su musacomo en lo castizo de la dicción castellana. Como la prensa ha hablado mucho de estas poesías, y como una autoridad competente é irrecusable en materia de lenguaje, el Sr. D. Anselmo de la Portilla, ha juzgado también favorablemente el estilo de Peredo, nosotros no diremos más. La reputación de nuestro buen amigo está hecha como buen hablista, como poeta y como crítico. Bajo este punto de vista vamos á considerarle nosotros. Si un estudio profundo de todos los teatros, pero particularmente del español, si una pasión decidida por la literatura dramática, si una observación sagaz y delicada que se detiene hasta el menor detalle; si un acierto instintivo en la apreciación, si un juicio maduro é ilustrado, y si un conocimiento de la escena difícil de igualar, son dotes que deben hacer de un escritor un

crítico perfecto, Peredo lo es sin duda alguna.

Desde que pudo concurrir al teatro, concurre; es decir, desde su niñez habrá podido verle el público, fiel y asiduo espectador, no importa si en el patio, en los palcos ó en la galería. Peredo no falta jamás, llueva, truene ó granice, y las empresas habrán perdido por falta de público algunas noches, pero nunca les habrá hecho falta el contingente de Peredo. Sólo el deber sagrado de su profesión (porque es médico) puede haberle hecho faltar algunas veces y arrancarle de los brazos de Talía; pero si no es eso, nada tiene bastante poder para privarle de su placer favorito.

Pero Manuel Peredo no es concurrente al teatro por una costumbre de lujo, por el deseo de buscar distracción, por el interés de pasar revista á las hermosas. No; él es idólatra del arte, es inteligente apreciador de sus bellezas, y allí no sólo goza, sino que estudia. Si asistís con él y estáis á su lado, él os hace notar circunstancias que dejaríais pasar inapercibidas, y que sin embargo, son importantes para la crítica. Si le veis durante la representación, no podréis por ningún motivo distraer sus miradas, que permanecen fijas en la escena y pendientes del actor. En el entreacto, contad con él para gustar de su conversación chispeante y bordada de agu-

dezas deliciosas; pero antes no os haría el menor caso. Y todavía, os advertimos que no es fácil retenerle en el patio ó en el corredor, porque tiene como Julio Janin la costumbre de ir á pasearse, en alegre conversación, esos momentos, entre bastidores.

Tal es Manuel Peredo, y tales son sus elementos para juzgar de las obras dramáticas y su representación. Por eso saboreáis esas narraciones tan fluídas é interesantes de su revista, y que á veces son más bellas que la comedia misma cuyo asunto compendia. Por eso tenéis esas apreciaciones tan justas, tan oportunas, tan llenas de novedad. Peredo no escribe lo bastante; no juzga muchas piezas á la vez; pero aquella que coge por su cuenta, queda en sus manos analizada completamente. Hay algo del análisis anatómico en su crítica; sólo que aquí el poeta y el médico se confunden y dan á la autopsia un encanto de que carece para la generalidad el examen que hace la ciencia.

Tiene otra cualidad rara y que hace más amables sus escritos. Dotado de un carácter benévolo y dulce, extraño á las pasiones violentas, lleno de sentimiento, á pesar de sus epigramas y de su sonrisa, jamás brota de su pluma una frase ofensiva, un chiste punzante y mortal, una sola palabra de ésas que se clavan como dardo

enceedido. Peredo es el mas cortés de los críticos, y siempre encuentra la manera de decir una verdad sin causar enfado, de corregir sin que el actor dé un brinco de dolor. La crítica en su boca suena como advertencia maternal, y los actores por esa razón le profesan un cariño envidiable.

Nosotros reflexionamos que esta crítica es la que produce mejores resultados, porque no irrita, ni se echa encima la obstinación de la vanidad herida, y por eso creemos que Peredo está haciendo mucho bien al progreso del teatro en Méjico.

Tenemos tal confianza en su juicio y en su experiencia, que para escribir cualquiera de nuestras pobres crónicas teatrales, siempre le pedimos su opinión, siempre contamos con su ilustrado juicio. Peredo es uno de esos hombres que acaban por presidir un círculo literario y por crearse un apostolado en la juventud. ¡Ojalá! Cuando tantos necios ponen en boga sus opiniones mezquinas, trasmitiéndolas á admiradores estúpidos, es muy grato considerar que talentos como el de Peredo están ahí para no dejar la dictadura en manos de la ignorancia ni de la presunción.

Para concluir con el *Semanario*, llamaremos la atención de los lectores sobre los artículos de ciencias de aplicación que se están publicand o

allí por inteligentes escritores, que tienen la modestia de ocultar sus nombres detrás de las iniciales ó del anónimo. Por todo esto, el *Semanario Ilustrado* es una publicación que el país debe proteger, porque deleita y es útil.

Entre las publicaciones que estamos mencionando, hay una que por ser de nuestros antiguos y más ameritados colaboradores merece un lugar distinguido. Se intitula *Cuentos del vivac*, y es su autor el conocido poeta y escritor D. José T. de Cuéllar, que como lo dijimos en una de nuestras revistas publicadas en el *Siglo XIX*, se vió obligado á ausentarse de esta capital para fijar su residencia en San Luis Potosí.

Cuéllar, separado del círculo de sus amigos, en el que era tan querido, no ha podido prescindir de sus tareas literarias, que son como una necesidad para su alma naturalmente poética.

Ha estado redactando el *Boletín militar de la división del Norte*; y este periódico, aunque impreso con malos tipos y en pobre papel, se ha hecho interesante sólo por las producciones de tan distinguida pluma. Además de sus artículos graves sobre instrucción pública y sobre otras materias, Cuéllar ha publicado escritos ligeros,

como los *Cuentos del vivac* y como sus crónicas de teatro actuales, que llevan aquella firma, con la que llamó tanto la atención en artículos dignos de Jouy y de Figaro. y que se llamaron *Las bancas de fierro*, *El crédito público*, *La veneración* y otros.

Facundo fué desde entonces un hombre que se presentó espléndido en el cielo de la crítica, como se había presentado el de Cuéllar en el cielo de la poesía.

Este literato, tan aplaudido por sus cantos líricos como por sus bellas producciones dramáticas, no había seguramentente querido pisar otro terreno, más bien por indolencia que por temor, pues su talento es uno de esos talentos que tienen una flexibilidad sorprendente, si se nos permite la frase, y que dominan todos los géneros literarios. Pero apenas escribió su primer artículo, rebosando gracia y agudeza, apenas comprendió que su mirada penetrante y su conocimiento de la sociedad mejicana le llevaban al artículo de costumbres y le auguraban muchos triunfos, cuando se consagró á esta tarea con gusto y con destreza. Entonces pudimos admirar los estudios que hemos citado arriba, así como sus dos bellísimas revistas, que pueden contarse entre las mejores que hayan salido alguna vez de la pluma de un literato.

Si Facundo quisiera, podría escribir la sátira política como Larra, ó el artículo de costumbres como Mesonero. Lo decimos sin pasión, precisamente porque tenemos por el primero de estos escritores una predilección marcada, comprendemos la dificultad de igualarle; pero *El crédito público* de Cuéllar nos hizo concebir esperanzas de ver en nuestro país bien imitado el estilo del célebre satírico español. Mas el que sale á Belchite se entristece y se desalienta. El círculo de los amigos ayuda mucho porque estimula, y la pereza invade el alma por falta de aliciente. Esto nos ha pasado á todos los que hemos tenido que salir de Méjico y que vivir en los pueblos, poco menos que como Ovidio en el Ponto-Euxino.

En semejante circunstancia nadie puede la mentarse de haber sufrido tanto como nosotros, que hemos vivido literalmente en las montañas, á veces sin más tertulianos que los que tenía Robinsón, á saber, los papagayos.

Todavía Ignacio Ramírez hablaba con los yankees de California ó con los curas de Sinaloa, de Sonora ó de Yucatán; todavía Guillermo Prieto contaba con el talento de los *veintidós* ó con la inteligente concurrencia de los tejanos; todavía Riva Palacio tenía consigo á sus oficiales y á sus letrados de Michoacán; todavía Cha-

vero se hacía entender de los *dandys* emigrados que habían llevado á Colima como una chispa del ingenio mejicano; todavía Cuéllar tiene en San Luis Potosí un auditorio.

Nos alegramos ciertamente de que uno de los fundadores del círculo que tanto ha impulsado el movimiento literario en Méjico, como es Cuéllar, no enmudezca completamente, ni olvide que sus amigos le siguen con sus afectuosas miradas hasta esa tierra de la tuna cardona y de las hormigas dulces.

Sus *Cuentos del vivac* son pequeñas historias militares en que se narran varios de los hechos gloriosos de la guerra pasada, con un estilo sencillo, popular, pero impregnado de ese entusiasmo patriótico que tanto conmueve el corazón del soldado y del hombre del pueblo, y que es al que deben las naciones todas del mundo sus glorias más brillantes y sus ejércitos más afamados.

También faltaba cultivar ese nuevo género, y también es necesario, tanto para consignar las hazañas memorables del soldado, que producen el estímulo en sus camaradas, como para enriquecer la historia nacional. Es la epopeya del héroe oscuro de nuestros campos de batalla, que muere como un bravo honrando á su patria, pero que no tiene un Homero que le cante, ni es-

pera un recuerdo que perpetúe su nombre ante la gratitud pública, ni sueña con otro monumento que el osario común, ó la hoguera en que los *prebostes* reducen á cenizas tantos restos venerables y grandiosos.

El patriotismo de las naciones debe proteger esta clase de publicaciones, porque ella es útil, más que los pomposos discursos que el pueblo no entiende, ó que las historias oficiales que no puede comprar. Por otra parte, cada una de éstas se consagra regularmente á un Aquiles demasiado alto para que el soldado saque de su gloria el ejemplo que necesita. Podemos hasta decir que el pueblo murmura contra esas historias lisonjeras, en que se olvida á los humildes obreros de la victoria y se les considera más bien como instrumentos, como *carne de cañon*. Apenas los fanáticos soldados de Bonaparte lloran con esos libros; pero nótese que en las epopeyas napoleónicas se colocan frecuentemente junto á la figura gigantesca de aquel general las figuras interesantes de sus soldados, y que él mismo procuró siempre mezclarse, aunque revestido del carácter imperial, entre sus buenos hombres del pueblo, esforzándose hasta aparecer sencillo en su traje y en su locución, lo cual hacía que el pueblo le considerase siempre como uno de sus hijos, como una de sus glorias, como la

personificación de las masas, aunque supiese que se había hecho monarca, porque ciertamente tuvo pocas ocasiones de verle en las Tullerías y en medio de una corte improvisada, y casi siempre le vió en medio de las fatigas y de los combates.

Napaleón hacía matar á millares á estos infelices fetichistas, y cada batalla que daba era una hecatombe ofrecida á la deidad sangrienta de su ambición; pero tuvo la habilidad de fanatizar á los soldados, y de hacer del vivac un foco de entusiasmo.

Pues bien: lo que hacía aquel hombre por su propio engrandecimiento, hagámoslo nosotros por el amor de la libertad, animemos al soldado con esas narraciones en que él vé su epopeya, y que le hacen buscar con gusto una muerte heroica, porque sabe que su país no ha de pagarle con el olvido, porque sabe que la gloria no es para él un nombre vano, pues que sus hazañas han de ser la admiración de sus compatriotas.

Los *Cuentos del vivac* han pasado inapercibidos para la generalidad, no para nosotros, que hemos visto en la intención de Cuéllar una mira profunda y que ha de tener resultados ventajosos. Sólo quisiéramos que les diera una forma capaz de hacer de ellos una colección que guardara el soldado para aprenderla, juntamente

te con las leyes penales y con sus obligaciones. Quisiéramos también que continuara esa publicación, pues sobran hechos notables que relatar; y sobre todo, quisiéramos que á ejemplo de Cuéllar, otros escritores en los diversos puntos de la República en que han tenido lugar hechos memorables, particularmente de soldados rasos ó de oficiales subalternos, no los dejaran en el olvido, sino que prestaran á su país el servicio de inmortalizarlos en la forma que Cuéllar tan felizmente ha escogido. Estas historietas, especialmente si están ilustradas, llegan á ser mas conocidas que ninguna otra leyenda, y apenas la canción popular puede alcanzar igual simpatía

Hemos concluído la revista de las publicaciones literarias de Méjico. Como se habrá visto, hemos procurado dar á conocer el carácter de cada una de ellas, y hoy se nos permitirá recapitulando, llamar la atención de los lectores sobre un hecho importante. Examínese con cuidado cada escrito, y se verá que cada literato mejicano cultiva un género diferente. Aquel, la leyenda romanesca; éste, el artículo de costumbres; el otro, la narración histórica; el de aquí,

la conversación como los franceses; el de acullá la descripción; algunos la crítica teatral, otros, el cuento del soldado. Hay quien maneje la sátira política, hay quien se consagre al estudio social y filosófico, hay quien haga indagaciones curiosas sobre la historia antigua, y no falta quien pueda desempeñar con maestría toda clase de trabajos, como Ramírez.

Pero no se imitan servilmente unos á otros, sino que todos propenden á sobresalir en un género determinado y á ser útiles al pueblo, en cuyo favor han emprendido su tarea.

Llegando hoy á los versos vamos á ver cómo también se han iniciado diferentes géneros de poesía, consagrándose por grupos los jóvenes á su cultivo, y dando así mayor interés á los trabajos. Pero esto se dirá al tratar de las *veladas literarias*.

IV.

Las *veladas literarias* se han suspendido á causa del teatro y de otras circunstancias puramente de actualidad; pero no han muerto; ni podían morir, teniendo todos los elementos de vida propia que se necesitan para que una ins-